

DE LA VIOLENCIA A LA RETORICA EN LA CONSTRUCCION DE LA CIVILIDAD (O DE LOS ESPACIOS PREPOLITICOS A LOS ESPACIOS DELIBERATIVOS)

*Malín Pino de Casanova**

Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas

Universidad de Los Andes

Mérida – Venezuela

malinpino@hotmail.com

Resumen

Hablar de democracia supone referirse a los espacios políticos cuyo entramado está constituido por prácticas y espacios deliberativos productores de consensos que traducidos en normas acuerdan a las construcciones político-jurídicas que conocemos como Estados el carácter de legitimidad. No hay democracia sin consensos; no hay consensos sin deliberación; no hay deliberación sin palabras. Y no hay democracia sin dignidad, ese algo que implica la tácita aceptación de la integridad personal de cada ciudadano. La dignidad así entendida fundamenta la urdimbre de las sociedades democráticas que precisan del reconocimiento entre sus miembros ya que sólo pueden asociarse personas que teórica y jurídicamente se aceptan como tales. La solución a los conflictos de los múltiples otros que juegan en los espacios sociales deja así atrás a la violencia y toma forma de arreglos consensuales, producto de prácticas deliberativas que se transforman, sólo así, en leyes y normas justas y legítimas. Pero a veces regresamos a espacios prepolíticos y el reverso de la energía verbal se transforma en discurso épico, belicista y divisionista, contrario a la dignidad en tanto que niega la integridad de las personas preparando el camino para el dolor, el sufrimiento y la tortura. La violencia verbal, sin metaforsarse en retórica, abona entonces el advenimiento de los totalitarismos de cualquier índole y de las prácticas genocidas que generalmente les acompañan.

Palabras claves: democracia, civilidad, deliberación, consensos, violencia, espacios prepolíticos.

* Jurista especializada en Sociología y Filosofía. Profesora e investigadora en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas y en el Centro de Investigaciones en Ciencias Humanas (HUMANIC) de la Universidad de los Andes. Mérida-Venezuela.

FROM VIOLENCE TO RHETORIC IN CIVILITY CONSTRUCTION

(OR FROM PREPOLITICAL SPACES TO DELIBERATIVE SPACES)

Abstract

A talk over democracy should make a reference to political spaces whose frame work is constituted by deliberative spaces and practices that are consents producers. These consents turned in norms, confer the genuineness character to political-juridical constructions known as states. There is not democracy without consents; there are not consents without deliberation; there is not deliberation without words. And there is not democracy without dignity, something that implies the tacit acceptance of each citizen personal integrity. This dignity understanding is the basement of democratic societies warp because they required mutual recognition of their members who can associate only with people that theoretical and legally accept each other as such. The solution of conflicts produced in the multiple otherness that take place in social spaces leave behind the violence, generating consensual arrangements –consequents resultants of deliberative practices- that will be transformed, only this way, in fair and legitimated norms and laws. But sometimes we return to prepolitical spaces were the verbal energy reverse leads to an epic, warlike and divisionist speech, contrary to dignity insofar as it denies the integrity of people making way for suffering and torture. If verbal violence doesn't reach rhetorical fields it helps the accession of totalitarisms of any kind and to genocides practices that generally are associated with them.

Key words: democracy, civility, deliberation, consents, violence, prepolitical spaces.

“La sociedad es un lugar de encuentro entre seres diferentes que se articulan para vivir juntos en instituciones justas... No más arreglo contractual; no más idea moral; pero sí interacción dinámica de actores no siempre racionales; no siempre sociales; a veces bárbaros, criminales, salvajes y transgresores, es decir, nosotros mismos, encargados de realizar ese proyecto de vivir juntos, sin amarnos, pero igualmente sin asesinarnos unos a otros”.

Fernando Mires
“Civildad”

Hablar de democracia supone referirse a los espacios políticos cuyo entramado está constituido por prácticas y espacios deliberativos productores de consensos que traducidos en normas acuerdan a las construcciones político-jurídicas que conocemos como Estados el carácter de legitimidad. Esta legitimidad se traduce así en eficacia relativa a la aceptación de dichas normas como resultado de prácticas deliberativas y consensuales. La violencia, propia de los espacios prepolíticos, al transmutarse en palabra, como en el cuento de Las Mil y Una Noches, permite conjurar la muerte, en ese juego de reconocimientos donde el otro es el par dialógico que en el constante esfuerzo por ser reconocido, va construyendo con los demás otros, esa trama sutil, flexible, pero robusta y vital, que expresan los espacios políticos de libertad, tolerancia, civilidad y ciudadanía. No hay democracia sin consensos; no hay consensos sin deliberación; no hay deliberación sin palabras. Y no hay democracia sin dignidad, ese algo que implica la tácita aceptación de la integridad personal de cada ciudadano. De manera que, como nos dice Mires (2001), la dignidad así entendida fundamenta la urdimbre de las sociedades democráticas que precisan del reconocimiento entre sus miembros ya que sólo pueden asociarse personas que teórica y jurídicamente se aceptan como tales¹. La solución a los conflictos de los múltiples otros que juegan en los espacios sociales deja así atrás a la violencia, a todo “arreglo” por vía de la fuerza bruta y del atentado a la integridad del otro o de los otros, y toma forma de arreglos consensuales, producto de prácticas deliberativas que se transforman, sólo así, en leyes y normas justas y legítimas. Porque aquellas sociedades cuyo basamento no está en leyes resultantes de deliberaciones y de consensos ventilan las diferencias por la vía de la violencia y de normas generalmente injustas e ilegítimas y por lo tanto ineficaces, pues “*donde la Constitución y las leyes no alcanzan, o no son reconocidas, priman otras reglas que, al no estar escritas con tinta, son escritas muchas veces con sangre*” (Mires, 2001:78). La dignidad, en este orden de ideas, es contraria al desprecio por la vida y, por ende, está reñida con las elegías a la muerte y los discursos “vampiros” tan en boga en estos tiempos en nuestro país. Ofrendar la vida y derramar la sangre (por aquello de que “*sangre que no se derrama no es sangre*”)² son arengas que nos remiten a los paradigmas de los grandes relatos, de las inencontradas utopías centradas en un más allá, siempre exponencial, siempre inalcanzable, pero eso sí, justificación plena de cualquier atrocidad que, en función de la existencia del “enemigo”, transforma el crimen político en operación terapéutica y la violencia en camino ineludible para llegar a paraísos ampliamente prometidos pero nunca realizados. Y es que la historia la hacemos los propios actores sociales, en

nuestros movimientos, erráticos a veces, contradictorios tal vez, pero constitutivos siempre de novedosos proyectos de vida individual y colectiva. Esos son los espacios de la civilidad, los espacios donde se hace la política, o el lugar, como dice Mires, “*donde la sociedad se constituye políticamente, que es, por lo demás, su único modo posible de constitución*” (Mires, 2001:99). Por la dignidad entonces sólo se puede vivir “*pues únicamente hay dignidad entre personas íntegras, que, para que lo sean, requieren, en primer lugar, estar vivas*” (Mires, 2001:79). Se trata de la condición de reconocimiento de los demás, de los otros, y del reconocimiento del sí mismo, a través de mediaciones, de conceptos, del juego ordenado y regulado de las diferencias, cosa que sólo ocurre en los espacios políticos, deliberativos y consensuales. Todos estos movimientos, estos juegos entre actores sociales, construyen la trama de la socialidad, del etos o cimiento social que constituye los espacios de la ciudadanía y la civilidad y, por ende, de la democracia.

Así, el paso de los espacios prepolíticos a aquéllos políticos supone entonces la transmutación de la violencia en palabra, de la palabra en discurso, del discurso en deliberación, de la deliberación en consensos, de los consensos en normas justas y eficaces. Supone el tránsito de la agresión física a la energía verbal, que por ser metáfora de la violencia deja de ser violencia pura y dura, como cuando metaforizando el sexo lo transmutamos en erotismo y metaforizando el erotismo lo transmutamos en amor (Octavio Paz, 1993). La agresión verbal, el discurso agresivo, se convierte entonces en retórica, para tejer verdaderos espacios de deliberación, condición y terreno para lo político y, por ende, para lo democrático. En efecto, donde comienza la violencia termina la política y ésta no suprime las agresiones, sólo les da forma política, constituyéndose en retórica, ese “*arte comercial y político que nos permite ordenar los discursos en estructuras irónicas*”, en formas de violencia politizadas, civilizadas. En efecto, si yo golpeo, lanzo piedras, bombas lacrimógenas, granadas, hiero mi propio cuerpo o el ajeno, esto me remite a estadios prepolíticos y, sobretodo, preverbales. Regreso a la comunicación salvaje carente de palabras para dar curso al odio y al amor (Mires, 2001:88). Por eso la democracia es siempre deliberativa, discursiva e inclusiva del par dialógico que reconozco y que me reconoce pues, como dice Octavio Paz:

“la vida no es de nadie, todos somos la vida –pan de sol para los otros, *los otros todos que nosotros somos-*, soy otro cuando soy, los actos míos, son más míos si son también de todos, para que pueda ser he de ser otro, salir de mí,

buscarme entre los otros, los otros que no son si yo no existo,
los otros que me dan plena existencia”³

La vida cultural, el tránsito de la pulsión a la cultura, “perfecciona” las agresiones, socializa los insultos y las procacidades, produciendo el reciclaje del golpe en palabra, inventando la retórica como forma de violencia politizada, transmutada en ironía. ¿Agresión verbal? Sí, pero como energía societal transmutada, politizada y convertida en virtud ciudadana.

Desde esta perspectiva pensamos, junto con Touraine (1994:162) que los “proyectos políticos” ideológicos y utópicos terminan por no ser democráticos al representarse como la realización plena de “algo”, lo cual supondría, generalmente mediante el empleo de la violencia física, la “paz de los sepulcros” impuesta por los regímenes totalitarios, el final de las luchas y de los movimientos contradictorios y vitales de todos los que jugamos en el tablero social. Si se llega a la “síntesis” de toda contradicción ya no tendremos espacios políticos, ni deliberativos, ni consensuales, ni legales, ni legítimos; ya no habrá lucha por el reconocimiento de las diferencias, de los distintos y plurales intereses en juego, y se habrá destruido así, paradójicamente, la condición de todo proceso democrático. En adelante, la utopía realizada se impondrá sin los mágicos juegos de la palabra y Barba Azul habrá dado muerte a Scherezade. Donde no hay alteridad no hay democracia y sólo quedará espacio para lo uno en lugar de lo múltiple, para lo totalitario en lugar de lo diverso y para el empleo de la violencia en el ejercicio del poder.

Ahora bien, si la palabra está en la base de los procesos deliberativos que transformados en consensos constituyen condición de civilidad y ciudadanía; si las palabras transformadas en retórica, como lo hemos expuesto anteriormente, son instrumentos vitales en ese complejo arte de construir democracia y libertad, aquí sugerimos igualmente que el reverso de esa energía societal, la “part maudite” de esa energía verbal, puede ser el sustrato de discursos épicos, belicistas y divisionistas contrarios a la dignidad pues son negatorios de la integridad de la persona y preparan el camino para el dolor, el sufrimiento y la tortura. Porque, en efecto, la violencia verbal, sin metaforizarse en retórica, abona el advenimiento de los totalitarismos de cualquier índole y de las prácticas genocidas que generalmente les acompañan. El lenguaje es utilizado en esta perspectiva para deshumanizar al otro, al disidente, movilizándolo a grupos sociales en función del aniquilamiento de esa alteridad que no se puede soportar. Las prácticas totalitarias son posibles solamente cuando el discurso las

convierte en aceptables, cuando el lenguaje se utiliza para deshumanizar al adversario y movilizar a las masas para destruirlo y posteriormente negar la masacre⁴. Se busca con las palabras amortiguar el efecto de los actos sobre las conciencias y neutralizar el sentimiento de culpabilidad de los ejecutores⁵. La palabra es utilizada para deshumanizar al adversario y convertir al otro, al disidente, al distinto, en enemigo. Se identifica al grupo que disiente y se prepara su “sacrificio”, rito sacrificial que se hace posible si antes el lenguaje lo ha convertido en aceptable. La disidencia se deshumaniza, se desnaturaliza, se lleva a categorías animales o se cosifica; se convierte al disidente en animal u objeto, en traidor, en gusano, en vendepatria, en escuálido, en basura o en plasta, en tumor o en enfermedad. Se van creando las condiciones para la operación posterior de alta cirugía que extirpará “el mal”. El crimen se transmuta entonces en rito sacrificial y el ejecutor o criminal en simple terapeuta. Así, se desculpabiliza el crimen político convirtiéndole en ejecución (o a la tortura en práctica psiquiatrizante). Aquí, expresa Ricoeur, *“parece alcanzarse el fondo del mal”* y *“el fondo del mal es la destrucción del respeto a sí y, por tanto, del otro en sí: Y si el respeto es el cemento del edificio político, la tortura (la violencia, ampliaría yo) significa, ni más ni menos, la destrucción de la politicidad. Y lo más irrisorio de todo: El verdugo cree torturar (violentar) con fines políticos”* (Mires y Ricoeur en Mires, 2001:89). El asesino, ejecutor, terapeuta o comisario, *“invierte el sentido del crimen que, desde las regiones más oscuras se convierte en algo positivo, en medida higiénica”*. Al respecto nos dice Georges Bensoussan⁶ *“el asesino justifica sus actos moralmente, enfrentando el Cordero de Dios a la prostituta de Babilonia, el sano al enfermo, el bien al mal, el fiel al infiel. El proletario al burgués, el patriota al traidor (...) después de haber adaptado su lenguaje a su ideología, convertido en el brazo ejecutor de su dios, de su pueblo, de su nación, al terapeuta no le queda más que machacar al grupo paria, situar al grupo fuera de los límites de la sociedad humana. Y esa exclusión prepara el genocidio puesto que el terapeuta sana, purifica, exonera, garantiza su salud y la de los suyos. Esta falsificación del lenguaje desemboca en una tergiversación del pensamiento: la guerra se transforma en la paz. Se oculta la realidad y se facilita el crimen. La burocracia utiliza los artificios de la propaganda para allanar el camino y transformar mediante la jerga y el eufemismo el crimen en terapéutica”*.

La violencia verbal es así antesala y condición de la violencia física, de la desaparición del otro material y simbólico, de la negación de la alteridad. Des-

truyendo la dignidad, como integridad del distinto, atentando contra la integridad física y moral del otro, se destruye toda posibilidad del par dialógico, deliberativo y consensual. Se destruye entonces todo espacio político y toda posibilidad de juego democrático.

Si esto tiene alguna semejanza con la realidad que hoy nos toca vivir en Venezuela, en esta marcha constante y sostenida donde cada paso que damos es uno más en ese proceso laborioso de construcción de ciudadanía y de civilidad, de libertad y de democracia, suscribimos, junto con Alberto Barrera Tyszka (2003) en su hermoso artículo *Monólogo de la Esperanza*⁷, que “*resistir pareciera más difícil que luchar*” y que nos toca ahora aprender a resistir porque “*la esperanza tampoco puede dar ni un paso atrás*”.

Notas

¹ La idea es de Montesquieu y la desarrolla Fernando Mires en su libro *Civilidad*.

² Chávez dixit, en uno de sus “Aló Presidente”.

³ En su poema *Piedra de Sol*.

⁴ Yves TERNON en “*La Retórica Genocida*”. El Nacional, 2/3/03. P.A/4.

⁵ *Ibidem*.

⁶ En su libro *Idéologie du Rejet* citado en El Nacional del 2/3/03. PA/4.

⁷ En El Nacional del 16/3/03. P.A/11.

BIBLIOGRAFIA

BARRERA TYSZKA, Alberto (2003). “*Monólogo de la esperanza*”. En El Nacional del 16/3/03. Caracas-Venezuela.

BENSOUSSAN, Georges (1993). *L'Idéologie du Rejet. Enquête sur le monument Henry ou archéologie du fantasme antisémite dans la France du XIXe siècle*. Manya: Levallois-Perret.

EL NACIONAL. Diario. Caracas-Venezuela.

MIRES, Fernando (2001). *Civilidad. Teoría política de la postmodernidad*. Trotta: Madrid.

PAZ, Octavio (1993). *La Llama Doble*. Barral: Barcelona, España.

TERNON, Yves (1995). *L'Etat criminel*. Seuil: Paris.